

PALABRAS

1

Nunca supe por qué la gente decía que cuidásemos las palabras, las letras. Que las pensásemos bien antes de decirlas. Nunca lo supe pero, sin embargo, siempre estaba escuchando ese tópico, por todas partes de Barcelona, de España, de las pequeñas ciudades a las que viajé cuando era más pequeño. Nunca supe nada de eso, tampoco me importó. Hasta ahora.

Es cierto que todo empieza a cobrar un poco de sentido con cierto matiz de verdad cuando pasa en tu vida. Cuando todo lo que has escuchado se convierte en lo que has visto. Cuando ves que tu existencia está debatiéndose en una cuerda flotante, en medio de la nada, por seguir existiendo o dejar de resistir.

Pero voy a empezar desde el principio, contándote el porqué de estas palabras, el porqué quiero que las cuides.

Un precioso día de invierno, lleno de nieve por todos lados. Frío. Y una pequeña sensación de nostalgia que transmitían los árboles desnudos por querer volver a estar completos. Yo estaba empaquetando las maletas en mi habitación azul cielo mientras mi madre preparaba algunos bocadillos para el largo viaje que íbamos a hacer.

- *Kair, ¿estás ya listo? - Preguntaba mi madre.*
- *Sí. Ahora mismo bajo – le contesté mientras envolvía mi cepillo de dientes en un papel para guardarlo en mi neceser de baño.*

El motor del coche despertó y me puso un poco nervioso. Comencé a bajar las escaleras hacia la planta de abajo hasta finalmente salir por la puerta y meter las maletas en el coche.

Mi madre se dispuso a sentarse en el asiento del conductor pero la miré con el ceño fruncido.

- *¿Qué haces, mamá? Conduzco yo – le dije aprovechando que ya tenía 19 años y un carnet de conducir recién sacado.*
- *Pero... - Empezó a decir pero la voz de la vecina la interrumpió y, cómo no, salió del coche para hablar con ella.*

Ante ello, me puse yo en el asiento del conductor. No es que mi madre no supiera conducir, pero con sus 59 años y un viaje de más de 4 horas por delante creo que lo mejor sería que lo hiciese yo.

Mientras ella continuaba con su pequeña charla, yo eché una rápida mirada a nuestra casa. Solo serán unos diez días fuera de ella y de este lugar, unos diez días de vacaciones de Navidad. No será para tanto pero echaré de menos mi habitación y a mi novio. Mucho. Bastante. Meneé la cabeza de un lado a otro como si así mis pensamientos se fueran a ir. No quería recordar nada de lo que tenía aquí mientras viajaba porque, entonces, el viaje sería muy pesado.

- *¿Nos vamos o vas a seguir pensando en las musarañas? - Me decía mi madre, que ya estaba sentada a mi lado.*
- *¿Cuándo has vuelto? - le pregunté sorprendido.*
- *Llevo aquí dos minutos.*

Mi ceño fruncido volvió a salir y la miré de reojo, pero rápidamente puse toda mi atención en el coche y la carretera que teníamos delante, y empecé a conducir.

Se notaba que si no hubiese sido por las máquinas quitanieve, las carreteras estarían llenas de ese agua congelada. Hasta el coche lo notaba en sus ruedas. Pasábamos en medio de un bosque que ya no parecía como tal debido al invierno y, a mi parecer, era sencillamente precioso. No tenía nada que ofrecer en invierno, sí, pero porque ya lo había dado todo en primavera y verano, como todos los años. Me daba gracia. Una gracia nerviosa y metafórica. Porque el esfuerzo de la naturaleza por salir daba muy bien sus frutos, y estaba radiante durante más de cuatro meses, pero solo por dos ya se iba todo. Absolutamente todo.

Y es que el tiempo es algo tan relativo y tan jodido.

– ¿Qué tal con Cristian? - Preguntó mi madre, sacándome de mis pensamientos. Aquella pregunta me pilló totalmente desprevenido. Ella a veces me preguntaba sobre nosotros, nuestra pareja. Yo sabía que le molestaba, que aún no lo aceptaba. Y, de hecho, ateniéndome a su forma de ser costumbrista y tradicional, no parecía que alguna vez lo fuese a aceptar.

– Bien. - Le respondí secamente.

La miré un segundo y vi que su cabeza estaba apoyada en la ventanilla congelada. Tenía sus ojos puestos al frente, a la carretera. Y no parecía muy contenta.

– ¿Por qué lo preguntas? - Continué.

– Por nada. Simple curiosidad. - Suspiró y volvió a hablar - ¿No os habéis peleado ni nada?

Mis manos apretaron con fuerza el volante, no por la pregunta que me hizo, sino por la intención de detrás.

– No, ¿por?

– No te he visto tocar el móvil desde que salimos de casa.

Era cierto. Ni siquiera lo había mirado, pero no quería echar de menos nada, no durante las vacaciones.

– Lo sé, pero no es por nada en especial. Nosotros estamos bien – Le dije con una sonrisa para suavizar el ambiente.

– Nosotros... - Comenzó hablando copiando mi respuesta. - ¿De verdad os queréis?

*Ya ha empezado. Cuántas veces habremos tenido esta conversación y cuántas veces habrá acabado de la misma manera. **Y esa no fue la excepción.***

– Mamá, sabes que sí. No sé por qué siempre lo tienes que preguntar.

– No, Kair, no lo sé. ¿Él te quiere a ti?

Puse los ojos en blanco y respondí:

– Sí, él me quiere y yo a él. ¿Algún problema? - Me estaba cansando y apenas había empezado el viaje.

– Aunque no me guste admitirlo, cuando os veo juntos parece que tú le quieres más a él.

Me callé por un momento. Era cierto que yo mostraba más mi afecto en público mientras que Cristian solía guárdarselo, pero eso no significaba nada. Simplemente era cuestión de carácter y forma de ser.

– Si esa es tu impresión... - Respondí y relajé las manos.

Volvió a suspirar y continuó en las suyas.

– ¿Qué crees que pensaría tu padre si estuviera aquí?

No me creí que hubiese sacado el tema de mi padre en un momento así y para una conversación así.

– Papá ya no está aquí, así que no hables de él – Mi voz sonó mucho más cortante de lo que pretendía.

Los ojos de mi madre se posaron en mí y yo la miré de reojo. No conocía esa expresión

que tenía en su cara.

- Sabes que no quiero que estés con él...
- Bueno, pero mamá, son mis gustos y debes respetarlos. Soy una persona, como tú y como cualquier otra. Cada uno es diferente y es casi imposible que nos guste a todos lo mismo. - La interrumpí. Quería terminar con esa conversación cuanto antes.

Esperaba que con mi respuesta pudiésemos dar por zanjada ya la conversación y parece que así fue. Encendí la radio y la música inundó todo el coche a pesar de no estar muy alta. Sin embargo, mi madre siguió en las suyas, como siempre. Parecía que nunca se daba por vencida.

- Pero... ¿Por qué lo quieres? - Cuando hablaba de temas que la incomodaban siempre lo hacía parándose o vocalizando demasiado. Pero a mí me incomodaba más el notar que ella no estaba a gusto conmigo, con mi forma de ser. Con mis gustos.
- ¿Por qué querías o quieres tú a papá? - Contraataqué.

Mi padre ya no estaba con nosotros, por desgracia. Fue una de las personas que más me enseñaron y una de las más bondadosas que conocí. **Y lo sigue siendo.**

Murió cuando yo era muy pequeño. Apenas tenía nueve años y me dijeron en ese momento que se lo había llevado un ángel para vivir mejor. Yo sabía que no era así. Él, que se llamaba Vértitz, era de Alemania, llevaba años sin poder respirar bien y, al parecer, un día dejó de respirar. Y la vida se le escapó.

- Yo sigo queriendo a tu padre. Y a ti también te quiero mucho. - Contestó mi madre.
- Sí, ¿pero por qué? ¿O acaso no puedes explicarlo? Es amor, mamá. Un sentimiento que va más allá del lenguaje, de las letras. No se puede explicar. Cada persona lo siente de una forma distinta.

Mi madre me miró con extrañeza. Yo lo noté. Sabía que en esos momentos estaría pensando que yo había crecido bastante. Y, seguramente, si me lo hubiese dicho yo le habría respondido que no, que tan solo tenía 19 años, que seguía siendo un crío, como ella muchas veces me decía. **De hecho, yo quería seguir siendo solo un crío.**

- Pero es que la gente cuando os ve juntos os mira con una cara rara... No me gusta que os miren así.

Me reí. Me reí ante sus palabras. Menuda ironía.

- Mamá, tú misma nos miras así. ¿Qué crees que duele más? ¿El que lo haga gente desconocida o el que lo haga tú?

Nunca contaba mis sentimientos. No me gustaba contárselos a nadie. Ni siquiera a Cristian. Sí lo besaba y abrazaba delante de la gente, es decir, digamos que era muy expresivo pero solo en cuanto a los gestos, no a las palabras. Era algo demasiado personal que no podía controlar y, si cualquier día se me escapasen, sería por puro enfado. Como en ese momento porque mi madre me estaba poniendo de los nervios con sus facciones, gestos y preguntas curiosas. Sin embargo, no pretendía hacer esa pregunta. Con ella sabía que mi madre se daría cuenta de que me dolía que nos mirase con miradas de asco, porque no se podían calificar de otra manera.

Supe que iba a hablar por cómo abrió la boca pero se calló y guardó el silencio. Un silencio que solo era roto por la música.

Al cabo de unos largos minutos, creo que fueron veinte en los que ambos estuvimos callados, lo rompió. Para mi desgracia, con el mismo tema. Y no, aún no se me había pasado el enfado.

- ¿Pero ni siquiera os habéis replanteado daros un tiempo para organizar vuestros pensamientos y saber si es lo que verdaderamente queréis?

Mis nervios estaban a punto de estallar.

- Dios, mamá. ¿Si fuese con una chica me harías las mismas preguntas? - Dije

alzando cada vez más la voz.

Mi madre no se quedó atrás porque también empezó gritando.

- *Pero, Kair, ¿no ves que no es normal?! ¡Yo creo que es lógico que me resulte raro y me preocupe por ti!*

Cuántas veces había oído la palabra “normal” desde que estaba con Cristian. Y no solo por parte de mi familia.

- *¡Déjame en paz, de verdad! ¡No pienso volver a responderte si sigues hablándome siempre de lo mismo! ¡Estamos los dos muy a gusto y no vamos a cambiar ni a dejarlo por comentarios homófobos de otra gente!*
- *¿Comentarios homófobos? - Por su voz parecía que estaba ofendida pero, ¿qué otra cosa iban a ser sus comentarios o, mejor dicho, la intención detrás de ellos?*
- *Sí, mamá. Lo son y no paras de hacerlos. Me estoy cansando.*

Volví a apretar el volante con fuerza pero no despegaba la mirada de la carretera. Aún no habíamos salido de la comunidad de Cataluña y todo seguía vestido de blanco.

- *¡Yo solo quiero lo mejor para ti y lo mejor no es un chico saliendo con otro!*
- *¿Pero tú qué sabrás qué es lo mejor o lo peor para mí en estos momentos si ni siquiera te cuento mi vida?*
- *No me hables así, jovencito.*
- *Sí, “jovencito”. Pero ya soy mayor de edad y bastante, también, mayorcito para saber lo que hago y dejo de hacer, igual que para saber quién me conviene y quién no.*
- *Ese chico no te conviene. Deberías saberlo ya pero estás demasiado cegado como para darte cuenta.*
- *Mamá, en serio, basta. No lo aguanto más. O dejas de hablar o me vuelvo a casa y te vas tú sola.*

Me miró con cara de pocos amigos pero siguió. Aquello parecía una lucha verbal que, conociéndonos a los dos, no iba a tener fin hasta que uno se resignase a “perder” y callarse. Y ésa, debía ser mi madre.

Algo que me sorprendió es que estaba llorando. Abrí los ojos como platos. Aquello me parecía, en cierto punto, surrealista. ¿Llorando ella por comentar mi vida amorosa?

- *¿Qué te pasa? - Le pregunté intentando cambiar mi tono de voz a uno más dulce para no hacerla llorar más.*

Pero ni con ésas parecía dar por terminada la discusión.

- *¡No quiero que estés con él! ¡No es bueno para ti! - gritaba.*

Su grito me sobresaltó un poco, sobretodo porque se acercó hacia mí y su voz era muy aguda en aquel momento. Era como romper una copa de cristal muy delicado con un tenedor. Me enervó aún más.

- *Mamá, déjalo estar que estoy conduciendo. - A lo mejor si le hablaba esquivando sus contestaciones, se cansaría y pararía.*
- *Estás enfermo... - Dijo en voz baja pero lo oí.*

*Su comentario, a pesar de no haberme gritado, me molestó mucho más que cualquier otro. Sobretodo viniendo de ella. Los ojos se me hincharon, juraría que estaba a punto de llorar por la impotencia mientras ella se secaba las lágrimas con un pañuelo que sacó de su bolso marrón. **Ahora me parece muy triste pero uno siempre se deja llevar por las emociones del momento y, cuando eso pasa, es muy difícil controlarse. Y más volver atrás. Y más aún esperar que con una disculpa todo vuelva a ser como antes. Porque no es así. No fue así.***

- *¿Pero tú te oyes, mamá? ¿Oyes lo que le acabas de decir a tu hijo?*
- *¡No he dicho nada! - Cómo no, lo de fingir era la gota que colmó el vaso por completo, y eso que era un vaso bastante grande. Que yo soy una persona muy paciente.*

- ¡Te odio! - le espeté.
- ¡KAIR, CUIDADO!

Fruncí el ceño de nuevo. No sabía a qué se refería. Hasta que ladeé la cabeza hacia su dirección y vi unos grandes faros de luz viniendo hacia nosotros. Potentes, cegadores. Inevitables. Era un camión blanco como la nieve que nos rodeaba y venía hacia nuestro coche.

2

Yo, por aquel entonces, no valoraba muy bien nada. Era cierto lo que dijo mi madre: estaba cegado. Cegado y dando todo de mí solo a una persona, todo y a las demás nada, o casi nada. Pero no me di cuenta y ni siquiera le quise dar la importancia que verdaderamente se merecía. Mucha menos de la que yo le daba.

Notaba el frío en mi ropa de invierno. Iba todo de negro pero ahora parecía un negro plateado con algo de granate... Fui abriendo los ojos poco a poco. Estaba muy desorientado. Luego me di cuenta. Estaba tumbado en una camilla amarillenta, encima de la espesa y congelada nieve. A mi alrededor se cernían médicos y médicos, dos de ellos mirándome fijamente. Hasta que lo recordé. El camión. La discusión. Mi madre. No, no, no. No podía ser. No me podía estar pasando. Un accidente no. Intenté levantarme y me dolía todo, absolutamente todo. Mis piernas no respondían pero seguía sintiendo un dolor inmenso, tanto que parecía como si un millón de espigas de rosa se clavasen en mi piel cada vez que hacía cualquier movimiento o, más bien, cada vez que intentaba hacerlo. Pero no me importó. Quería saber dónde estaba mi madre. Puse todo mi empeño y fuerzas en levantarme. Una enfermera apoyó su mano en mi hombro y me dijo algo. Algo que no logré escuchar. Tenía un pitido muy potente en mis oídos. No oía nada más que eso. Pero me daba igual.

- ¿Y mi madre? Mi madre... - Dije.

La enfermera me miró con un gesto de preocupación. No.

Salí de aquella camilla a duras penas. El dolor se intensificaba. Mi cuerpo entró en contacto con la fría nieve y mi ropa no era suficiente para entrar en calor. Me daba igual. Todo me daba igual. Quería encontrarla.

Supongo que en ese momento el deseo de encontrar a mi madre era capaz de hacer que el dolor físico amainara.

Volví mi cabeza hacia atrás para mirar la camilla y ver si había recorrido mucho pues me estaba arrastrando por el suelo ya que mis piernas no querían dar de sí. Había avanzado, bastante. Y vi que la nieve que dejaba atrás tenía un toque rojizo por mi sangre. La sangre que soltaba de las piernas. Me las miré un momento y vi que había varios torniquetes alrededor de ellas. Los toqué. No me dolían. Apreté mucho los ojos y las lágrimas empezaron a salir. Ni siquiera sabía qué estaba sintiendo, solo quería avanzar y avanzar.

Mi objetivo era llegar hasta donde había un grupo de cinco, tal vez seis, médicos rodeando algo. Esa tenía que ser mi madre. Cuando llegué hasta allí, no la vi. Solo había alguien bajo un manto negro. Los médicos se apartaron con cara de sorpresa y preocupación a la vez que compasión. No quería su compasión.

- Mi madre... - Se me escapó.

Supongo que no me detuvieron porque sabían que yo era su hijo o no sé qué. Levanté el manto y... No era ella. Era un hombre. ¿Qué hacía un hombre ahí? ¿Dónde estaba mi madre?

Estaba muy desorientado. La enfermera que estaba antes conmigo apareció de repente a

mi lado y me cogió junto con otros dos médicos en brazos para ponerme en la camilla amarillenta. Entre el trayecto de vuelta pude ver que el capó del camión estaba destrozado pero no más que mi coche, entero. Tenía el cristal del parabrisas inexistente, hecho añicos por los dos asientos de delante y con demasiada sangre para ser cierta. El air-bag al parecer había saltado, pero no me acordaba. Mi coche parecía una pastilla comprimida. Demasiado compacto por el golpe. ¿Cómo había salido yo de ahí? ¿Mi madre dónde diablos estaba?

El pitido en mis oídos se fue desvaneciendo y ya podía oír el ruido de la sirena de la ambulancia, las distintas voces y repiqueteos de botas con plataforma al chocar con el alquitrán de la carretera.

A nuestro alrededor habían árboles que ya no lo parecían por su desnudez. Un bosque enorme que se asemejaba a un manto blanco. Y en el lugar en el que estábamos... La nieve ya no era virgen. Blanco y rojo.

Mi camilla entró en la ambulancia y a mi lado se sentó en un banquillo lleno de artillugos médicos la enfermera de antes. Yo no paraba de llorar ante la imagen en mi mente de lo que seguramente era verdad.

La enfermera me dio un pañuelo y yo la miré. Me mostró una tímida sonrisa pero en sus ojos se veía una compasión que... Como antes, yo no quería. No la necesitaba. **O tal vez sí. Creo que lo sucesivo a continuación es bastante obvio, pero para poder entenderlo de la forma en la que yo lo entendí, es necesario contarlo todo.**

Al parecer me dormí en el trayecto al hospital y cuando me desperté estaba en la UCI, tumbado en una camilla blanca, todo de blanco, siempre blanco. Rodeado de tubos y líquidos que no comprendía, de gente en batas, también blancas, que iban de un lado a otro, todos con prisas.

Tenía una cánula en mi nariz que me recordó a los últimos meses de mi padre conmigo. Me dolió el corazón un poco al recordarlo así que me la quité. **Adiós, malos recuerdos.** Me levanté y seguí sintiendo dolor, mucho, pero menos que antes en la nieve. Cuando estaba totalmente en pie vi que tenía puesto un camisón blanco también y que, al bajar la mirada, solo veía un pie, una pierna. ¿Qué estaba pasando? Como tenía una mano apoyada en la cama por si perdía el equilibrio, supe que lo iba a perder igualmente la quitase o no, así que me senté en ella. Levanté un poco el camisón y vi otra vez solo una pierna. La otra ya no existía. Me la habían quitado, arrancado, amputado. Mi corazón latía a mil por hora. Estaba muy nervioso. No tener una pierna era una de las peores cosas que me podían pasar a los 19 años, y en cualquier otra edad.

Supe que estaba a punto de llorar ante tal situación y más aún cuando vi una silla de ruedas negra postrada al lado de mi cama. Sin embargo, reprimí las lágrimas y los sentimientos que empezaba a albergar mi mente. Yo tenía un fin al levantarme y ése era encontrar a mi madre. Decidí dejar el orgullo a un lado, orgullo que no sabía de dónde había salido en un momento así, ni tampoco cómo es que tenía el valor para salir, y me senté en la silla. Comencé a mirarla y tocar botones y botones para ver cómo funcionaba. Cuando conseguí hacer que avanzara, busqué por todas las habitaciones posibles. En la UCI, en la primera, segunda y tercera planta del hospital. Estuve más de dos horas buscando pero no la encontré.

De pronto, vi a la enfermera que me atendió en la nieve y la misma que me ofreció el pañuelo. Cuando me reconoció me sonrió y se paró para hablar conmigo.

- ¿No tendrías que estar guardando reposo?
- Me da igual el reposo. Quiero saber a dónde habéis llevado a mi madre. ¿Dónde está?
- ¿Tu madre? - Frunció el ceño. La verdad es que era bastante atractiva con su cabello castaño claro y sus ojos verdes.
- Sí, iba conmigo en el coche.

La enfermera palideció por completo.

- ¿Qué pasa? ¿Dónde está? - Insistí.
- Acompáñeme. - Me dijo.

La acompañé hacia el ascensor y pulsó el botón de menos uno.

- ¿Vamos al sótano? - Le pregunté.
- No.

Pero no me dijo nada más. Se mantuvo callada hasta que la puerta del ascensor se abrió. Aquella planta era la más fría de todas y olía a... Ni siquiera podría describir el olor. Era una mezcla entre limpio y medicamento.

Me condujo hacia una puerta metálica que estaba segura con dos cerraduras. La chica abrió las dos y se hizo a un lado extendiendo el brazo.

- Adelante.

Yo la miré con extrañeza y antes de entrar vi el título de dicha habitación: "Morgue".

- No... - Mascullé.

Sin embargo ella no dijo nada hasta que abrió un cajón metálico de entre tantos que había ahí dentro. Apareció un cuerpo pálido y muy rígido ante mí, tapado hasta arriba con una fina manta de color plateado, casi azul claro. La enfermera destapó la cabeza del cuerpo.

- Lo siento – me dijo.

Yo me quedé sorprendido, boquiabierto y muy anonadado.

- ¿Puedo... Tocarla? - Casi le supliqué.
- Sí, pero no se exceda. - Y se apartó.

Me abalancé hacia ella y la abracé. Abracé su cabeza entre mis brazos. Ella estaba muy fría, estaba lívida. No me pude contener y rompí a llorar como nunca antes lo había hecho. Descargando toda mi energía, todo mi ser sobre ella como si así pudiese revivirla. Sabía que no era así. No podía pensar en otra cosa que en nosotros dos ahí, ella muerta, tumbada en esa fría camilla y yo llorando y abrazándola, en una silla de ruedas porque me faltaba una pierna. Aunque me dolía no poder volver a ser el mismo de antes, más me dolía no poder tener a mi madre nunca más conmigo. Hablándome, aunque solo fuera para discutir...

Las lágrimas seguían corriendo y al parecer la enfermera ya no estaba en la sala, sino fuera de ella, apoyada en la puerta, viendo cómo me desahogaba y me despedía de mi madre. Una despedida para la que nunca habría estado preparado.

- Lo siento, mamá... Por todo – le dije entrecortadamente al oído.

No podía hablar más. Mi mente era un amasijo de palabras que querían salir pero no tenía las fuerzas suficientes para poder articular siquiera una sílaba más pues las lágrimas se llevaban todo lo que me quedaba. Y esto era lo que la quería. Porque, a pesar de todo y de todos, era mi madre. Dijese lo que dijese, hiciese lo que hiciese, ella era la única que tenía. Amigos podía tener miles, millones, novios, novias, también. Pero madre... Solo una, y la había perdido. Para siempre, y no podía echar marcha atrás. Ojalá pudiese, ojalá.

No sé cuánto tiempo estuve ahí con ella, llorando mientras la abrazaba. La enfermera no me lo dijo ni tampoco me dijo que tenía un tiempo límite, así que estuve todo lo que mi alma me pedía. Aunque, seguramente y si no hubiese sido porque mi madre estaba allí, yo me habría quedado así días y días porque sabía que me iba a doler mucho no verla el resto de mi vida.

Cuando me aparté de ella, me enjuagué las lágrimas y le eché una rápida mirada. No podía dejar de mirarla pero sabía que si seguía volvería a llorar, de ese modo me dirigí a la puerta y la enfermera entró para cerrar el cajón de mi madre.

La esperé fuera y cerró la puerta tras de mí para luego conducirme nuevamente por el ascensor. Ninguno de los dos dijo nada y era mejor así. No quería hablar con nadie. Ni con Cristian. Cristian...

- ¿Cuánto tiempo llevo en el hospital? - le pregunté a la enfermera.
- Dos semanas.
- Dos semanas... ¿Y no ha venido nadie a verme? - Quería saber si había venido Cristian.
- No.
- ¿Pero mi familia sabe que estoy aquí?
- Sí, contactamos con todos. Familiares y amigos ya que encontramos tu cartera en la nieve y tu móvil también. El bolso de tu madre lo hemos guardado en el armario que hay al lado de tu cama junto con vuestras pertenencias.

Que pronunciase a mi madre hizo que se me contrajera el corazón pero lo reprimí.

- ¿Y respondieron? - Insistí.
- Todos lo hicieron. De hecho, vinieron unos tíos tuyos, si no recuerdo mal. También vino tu abuela.

Me sentí un poco más aliviado al saber que había venido alguien a visitarnos. Aunque fuese para enterarse de que mi madre ya no estaba con nosotros y mientras yo estaba inconsciente.

- ¿No vino ningún chico joven, más o menos de mi edad? - Inquirí.
- No, ninguno.
- ¿Pero está segura?

La enfermera me miró de reojo y la puerta del ascensor se abrió. Ambos salimos y nos paramos el uno frente al otro.

- Sí, lo estoy. No vino nadie más. Tus parientes se quedaron aquí a pasar varias noches a tu lado mientras dormías pero se fueron ayer mismo para descansar. Me dijeron que les llamasen cuando despertaras y que les avisásemos. De no avisarles, comunicaron que vendrían mañana a pasar otra noche.
- Vale, gracias – y volví a mi cama.

No me visitó nadie más. Cristian no vino y estaba avisado. ¿Por qué no vino?

A duras penas me acosté en la cama y me puse a mirar hacia el techo blanco y liso.

Miré el reloj que había colgado en la pared y eran las diez y media de la noche. Seguido de eso, giré la cabeza y vi el armario que comentó un momento antes la enfermera. En él, estaba el bolso de mi madre y nuestras maletas seguramente. Esperaba que fuese así.

Me abalancé sobre él y agarré lo único que, supuestamente, quedaba de mi madre.

Intentaba no derrumbarme, no otra vez. Quería hacerme creer que estaba bien. Que no era huérfano. Que no me mirarían con compasión, con pena. Que no comentarían a mis espaldas. Que no sería el centro de todo durante meses. No me gustaba. No me estaba gustando nada desde el principio.

Supongo que intentaba ser fuerte porque era lo único que me quedaba. A los ojos de la ley y del mundo yo era mayor de edad, ¿de qué edad? A sus ojos yo ya era autosuficiente – creo que todos lo somos desde que empezamos a tener consciencia de ello, no a partir de una edad – pero no me sentía así. A sus ojos, no importaba que hubiese perdido a mis padres, porque pensaban que yo era responsable - ¿en qué? - y ya no se tendrían que molestar en enviarme a un orfanato.

No quería etiquetas. Todo siempre está con etiquetas. Diagnosticado. Etiquetado.

Nombrado. Determinado. Fijado. ¿Dónde queda la libertad en todo esto? Siempre tenemos que decir qué somos, quién somos, qué queremos, por qué lo queremos y, todo ello, con palabras exactas, precisas, impuestas.

Ahora ya no solo soy el chico al que le gustan los de su mismo sexo, el “gay”, el homosexual, ahora soy el chico sin padres porque la vida se los arrebató, el huérfano, el “pobrecito”, el “seguro que tiene depresión, dejémosle solo”, el “superviviente”, el lisiado.

- Y, ¿qué hiciste después de coger su bolso?

- Reuní todas las fuerzas físicas que tenía, dejé su bolso, las maletas y todo lo que tuviese que ver con el accidente allí y me fui.
- ¿No te detuvo ningún médico o personal del hospital? ¿No te dijeron nada?
- No. Y si lo hicieron no los escuché. Salí en la silla de ruedas con la máxima velocidad que pude.
- ¿Por qué lo hiciste, Kair? O... ¿Debería decir Gypaetus?
- Llámeme como quiera. Solo quería desprenderme de todo. Dicen que nunca lo consigues hasta que de verdad lo haces. Hasta que te marchas y lo dejas todo atrás. Verdaderamente atrás.
- ¿No viste eso un poco extremista?
- Ni siquiera me lo planteé. Solo quería salir de eso.

Humbert está anotando algo en su libreta que no puedo ver y, cuando termina, vuelve a mirarme.

- ¿Me puedes explicar qué era de lo que querías salir? - dice.
- De eso - Me río - No puedo especificarlo. No sé expresar con las palabras que tengo algo que tiene que ver con lo que sentí en ese momento.

Enarca las cejas y yo me endezco para no estar más tiempo tumbado en el sofá marrón de su despacho.

- Tal vez puedas intentarlo - me contesta.
- Y lo haría encantado. Pero ya se lo he dicho. Es algo que no tiene que ver con las palabras.

Seguramente en este momento, él piensa que me estoy burlando de su trabajo, pero no es así. ¿Cómo puedo colocar en una oración claramente ordenada y concisa algo tan enmarañado y desordenado como lo que sentí en aquel entonces? Son ideas tan opuestas que juntarlas me parece algo incoherente.

Otra vez vuelve a escribir algo en su libreta y se levanta de su asiento.

- Vale, Gypaetus, creo que hemos terminado por hoy.

Miro la hora en mi reloj de pulsera y se me desliza la mirada también hacia la fecha. Han pasado siete años desde aquello. Y, evidentemente, sigo recordándolo. Ahora ya tengo dos piernas, a pesar de que una de ellas sea de puro metal.

Me levanto del sofá y me dirijo hacia la puerta pero antes de abrirla, el señor Seús habla:

- Kair, de todo se sale. Siempre. - Y esas son sus últimas palabras puesto que ya no voy a volver más a verlo. Ha sido mi última sesión con él.

Tras esto, soy consciente de que no me ha diagnosticado nada sabiendo que esa era nuestra última sesión, algo que debería haber hecho. Y lo sabía. También estoy al tanto de que me ha llamado por el nombre que me pusieron mis padres y no el que yo me puse al firmar un papel del tribunal después del accidente.

Sonrío mientras camino hacia mi coche. Esta es la primera vez que le he contado mi historia *entera* a alguien, la primera vez que la he sacado fuera de mí. Siento como que un gran peso hubiese disminuido aunque me repito a mí mismo "sigue aquí, sigue aquí", sujetándome el corazón. A pesar de todo, no quiero olvidarlo. No voy a hacerlo. No soy un superviviente. Soy una persona más, alguien que vive, simplemente. La gente me ve y piensa que soy alguien normal. No conocen mi historia y está bien. Sí, está bien. De todas formas, no quiero que la conozcan. Creo que no cambiaría nada si así fuese. Todo está dentro, dentro de mí. Soy el único capaz de cambiar algo que tiene que ver conmigo. Lo sé. Ahora lo sé.

Llevo siete años yendo a psicólogos, médicos. Diagnósticos, diagnósticos, diagnósticos. Todos ellos diferentes: estrés post-traumático, depresión, ansiedad, trastorno de la personalidad, baja autoestima, introversión, fobia social... Sin embargo, nunca les llegué a contar todo lo que pasó realmente, excepto al señor

**Humbert Seús. Y me alegro. De hecho, creo que ahora estoy un poco feliz.
Creo que ahora estoy mucho mejor. Lo estoy.
Sí, yo también creo en sus palabras.**